

CABALLO DE FUEGO



AÑO I

REVISTA SEMESTRAL DE POESÍA CHILENA — AGOSTO DE 1945

N.º 1

POESIA Y EFIGIE DE ANTONIO BORQUEZ SOLAR

POR ANTONIO DE UNDURRAGA

Antonio Bórquez Solar, nació en Ancud (Archipiélago de Chiloé), el 26 de Julio de 1874. Falleció en Santiago, el 19 de Julio de 1938. Obras poéticas: *Campo Lírico* (con prefacio de Marcial Cabrera Guerra), 1900; *La Floresta de los Leones*, 1907; *Laudatorias Heroicas*, 1918 y *Oro del Archipiélago*, 1931.

Antonio Bórquez Solar, cargado de luces y de nieblas, y acondicionado por la majestad de los mares australes, irrumpe desde el archipiélago sudeño, relampagueante de metáforas y de júbilo verbal. Es, por otra parte, el representante de un arquetipo chileno que en la isla de Chiloé, conserva intacto un tesoro heroico (el de los conquistadores de Chile), de pura entraña hispana, huilliche, polinésica; grupo humano de valiosa contextura, tanto racial como espiritual.

Mas, establecido en la primera ciudad de la República, choca y pugna con pragmáticos hombres de idiosincrasia vasco británica; con burgueses de ojos apagados y lengua que ya va en merma; con criollos de típica filiación colonial que llevan en lo más íntimo de su yo, a penitentes, flagelantes y cucuruchos. Pugna y lucha, abraza con ímpetu avasallador el modernismo; Rubén Darío le fortifica y, a su vez, le traiciona estilísticamente; cae en la imitación de Darío, sin alcanzar una eficaz jerarquía.

ESTA REVISTA...

CUANDO el fuego de la destrucción y la esperanza barre en la tierra a los que pretendieron matar el surco feliz y el aura sagrada de los cánticos, nosotros levantamos esta casa de amor y de veneración para la Poesía. Levantamos esta casa no para vivir en ella como esclavos de sus ardientes espejos, sino que para hospedarla y adorarla, sin cerrar nuestro corazón al grito caliente de los hombres y los muertos que lo fueron por salvarla de la garra y del exilio.

QUEREMOS que la Poesía encuentre aquí su ventana de luz, su jardín y su nobleza. Esta revista sostenida por la alta inteligencia de nuestra Universidad, está sumisa, pero dignamente, puesta al servicio de la Poesía. Y por estarlo sólo pretende un compromiso: evitarle toda llaga y todo contrabando que la perjudique.

ES una revista chilena que hará de arca de poemas valiosos que es menester robar al silencio y a la desmemoria. Juzgamos que la poesía de Chile precisaba de ésta como caja de fondos: ¡seamos, unánimemente, severos celadores de su caudal!

Empero, se sobrepone; conoce el eje verídico de la época de guerra de 1914-1918, que ya se anuncia: el socialismo. Con palabras de Ibsen, nos delimita el temple político de su época: «Han

llegado los nuevos tiempos, tiempos de tempestad, que exigen obras de relámpago.» (1)

Pero el heroico burgués, heroico por hispano, que hay en Bórquez Solar, después de fracasar en la línea modernista, como también le aconteciera a Pezoa Véliz, la orienta hacia un sentido auténticamente plebeyo y se produce el instante en que ambos fijan sus plumas y entendimientos en Manuel Rodríguez. Bórquez Solar, el modernista de ayer, se torna juglar de firme cuño; juglar culto. En Manuel Rodríguez — insistimos en este punto — encuentra cauce y estampa para ese impulso español, épico, forjado en la Conquista, la Independencia y en las Guerras de Arauco, que es un llameante patrimonio de los chilenos, y que a él le sollama, en medio de burlas y escarnios, como a ninguno, a través de toda su vida.

En *Romancero del Guerrillero*, al fin encuentra su verbo la plenitud poética, hasta tornarse obra definitiva. Manuel Rodríguez, Licenciado en Leyes y guerrillero de la Independencia chilena, es esculpido, con maestría, en su nervioso y popular octosílabo.

He aquí cómo, en *Romancero del Guerrillero*, Antonio Bórquez Solar se rehabilita y verifica, pleno de sabiduría criolla y chilena, el pequeño «Martín Fierro» de Chile.

(1) Afirmación de Ibsen citada por el poeta en 1907, en su libro *La floresta de los Leones*.

¡Ay están sudando, ay su corazón se torna en campana mellada!

XI

Soy un fantasma trunco, un buey delirante que lame dentro de sí su inconclusa estirpe y gime por su mutilación.

¿A quién? ¿a quién nombrar en la elevada montaña? Hay un panal desprendido que el pulgar del ermitaño aprieta contra mí, es un sábado terrible y brasas penetran en mí.

Oh, tú, dios, cuyo rostro es sólo una campanada, emboscado puro, tú sin nombre auxíliame, si te anunciaras un poco, ya podría alcanzar la orilla donde la uva inmemorial se arruga entre las ráfagas.

Engaños que me hacen, interrogaciones inútiles, armas llenas de escoria, el peso de mi alma es ardor y mis ojos algazara de nostalgia por asientos pegados a tí.

XII

Comienzo a descubrir los otros hombres, sus diálogos sublimes, sus terribles estelas, ay hemos de vivir juntos, abrazarnos comiendo este pescado azul que la pesca efímera nos depara, no nos miremos ceñudos que el uno vuelve en el otro y en todos la misma fuerza para el vislumbre que el enigma de la existencia concede, siempre hemos de mirarnos como antes de un derrumbe, pasarnos la mano por el lomo de profunda debilidad y disponer nuestros hijos para el sueño.

No importa que alguno ahorre monedas del tamaño de huesos pesados, duerme mal, así en cuclillas y arrastra su ventana encendida a las ventas, hay tantos que proceden de diversos modos, a todos les coloco un óbolo bajo la lengua.

HUMBERTO DIAZ CASANUEVA.

EL ADOLESCENTE

I

CÍRCULO

ENGRANAJES

Como una expresión antojadiza avanza, ya en el aire,

ya en la tierra, a veces inseguro, a veces firmemente. Mira hacia lo alto y eleva sus manos.

En sus rodillas pesa la raíz de la tierra.

No detiene el paso: lo aligera, lo condensa. No lo disminuye.

Busca un camino seguro, y abismos y ciudades muertas se agitan en la lejanía.

Sus pupilas se hacen anclas. Pero de sus ojos aun no brotan lágrimas.

Un manojo de lámparas se dilata en sus dedos y le alumbra el surco dejado por el reflejo de las corrientes pasadas.

Siente que sus pies abarcan planos artificiales. Siente salobre el horizonte.

Siente que le crecen alas a su espíritu buceador y caprichoso.

EL LABERINTO AL ADOLESCENTE

¡Vuelve atrás! La llama se apaga bajo tus pies.

¿Has traído una fogata?

Bajo tus pies hay polvo ardiente y eres tú quien lo siembra.

¿Piensas cosechar llamas?

Recoge tu decisión o déjala olvidada en mi oquedad.

¿No te detienes?

¿No replicas?

Pero te he visto quemar un rastro, y nada se interpondrá al sol: ni el hambriento guerrero ni el hombre de surcos. Y el sol avanzará hasta cegar.

El adolescente mece a su madre.

AMIGOS

Tengo un anillo para tí.

Tengo lumbre infinita para tí.

Tengo luces y un brote sorprendido para tí.

Sólo de tí es mi cuarto.

Sólo de tí es mi lecho.

Sólo de tí es mi frente.

Tuyo es mi aliento.

Canta para mí.

Duerme para mí.

Calla para mí.

Es la voz amiga que hace río y barca en su corazón y le teje sus días afanosos.

ENEMIGOS

Tras el acero de mi pecho existe un lamento: cobájalo en tus venas.

Tú bien sabes que el aire extiende pañuelos: roba un poco de aire y seca mis lágrimas.

Por qué no echas a tu boca un poco de tormenta y remeces el árbol que tu sangre alcanza. No olvides que en ese árbol se esconde un nido.

Si voy a tu lado, si me acerco a tí, es porque llevo un grito de fuego en mis ropas: desnúdame.

LA MADRE

Siempre hay una cuna en los ojos de la madre, siempre.

Cuando el hijo huye de su vientre, en los ojos de la madre hay una cuna.

Cuando el hijo azota su espalda en paredes extrañas, ella aún lo guarda en su vientre y, con el impulso de sus venas, le cierra suavemente los párpados y le llena de sueños azules.

EL PADRE

Tronco y raíz, el padre le lleva por el camino de los peregrinos, le enseña lo que es la fragua, despierta el silencio del hijo y le entrega una cesta de ecos.

LA VOZ DE LA TIERRA

Yo resisto al agujón de tus latidos y tu miedo abarca mi extensión.

Sé que en tus labios preparas un beso y una palabra amarga.

Tu sollozo y tu risa son mis nuevas columnas.
De cada balbuceo tuyo creo un llamado. Y ese
llamado va destinado a tí.
Mi fuerza se hace descubrimiento en tu mente.
Hay velos en mi cuerpo, pero no hagas caso,
quizá ellos sean la causa de que siempre te
hable.

EL ENSUEÑO

Errante y con cascadas de sombra en la mirada,
va desatando prisiones.
Bebe mar y cielo.
Desconoce el cansancio.
Borra espejismos y arrastra cadenas y bruma.
Salta sobre las llamas del miedo.

II

MONOLOGO DEL ADOLESCENTE

LA PALABRA

La luz descubre recintos, pero la noche se extiende.
Los caminos recorridos se alzan, se fugan y
vuelven con la locura en los dedos. Los ca-
minos por recorrer mantienen apretadas sus
bocas. Y mis labios se entreabren inquietos.
¿Qué me dirán la escala y el nacimiento de la
llama?
¿Qué me dirá la extraña música de la sombra,
cuando pase luminoso?
¿Qué palabras pronunciará la rueda de los amigos?
Quizá todos tejerán silencio. Y entonces me
sumiré en las raíces del grito necesario, y al
hundirse mis pies en el silencio, serán invisibles
como pasajeros muertos.
Pero a lo mejor

(mi corazón tiembla: en las enredaderas
su temblor reverbera, en la tierra seca su temblor,
se oprime a la sequía. Mi corazón tiembla)
todos escucharán mi canto, y los desco-
nocidos crearán nuevas canciones al influjo
de mi savia murmurante, campana de hojarasca
sonando en agua impetuosa.

*

¡Ay! mi voz hace eco en mi voz.

*

Mi palabra era amplia: traía regazo; era simple
y joven: tenía sabor de tierra, de fruto madu-
rando. Mi palabra no era llanto: era una
canción entonada más allá de mi boca.
Sin embargo mi canción huyó al infinito.
Blanca mano ciñe mi mano.
¿Quién recoge aire, quién?
Blanca sazón sujeta mis brazos.
¿Quién camina, quién?
Blanca prisión llevo en mi espalda.
¿Quién detiene mi sangre, quién anuncia el
vértigo, quién vacila, quién me hiere atrocemente?
¿Eres tú quién me llama?
Dime:
¿Eres tú quién me hiere, tú quién penetra en mi
mente?

*

El llanto brota y lo acojo con odio.

ACRE

Sal que vas a destrozar tu faz en mi boca, que
vienes a cobijarte desnuda en mi parpadeante
mirada, en mi lengua: ¿por qué no te mezclas
a mi sangre sin detenerte, sin calcular el tiempo
que has de atravesar?
Déjate llevar por mis agujas y sé sonido extendido
en mi sangre.
Columpia tu desborde en mi oscuridad.
No has de exprimírte en mi risa. No has de
calcular el alcance de mis ojos cerrados.
Vete.
Ah, sabes.
Sabes,
Comprendes por qué callan las ramas.
Tú desconoces las hojas secas y la hierba. Tú
haces con la sangre un poco de ceniza.
Vamos, entonces, llévame a tu mansión y con-
vierte mi lengua en ceniza y deja caer astros
amargos en mi boca.
¿Pero es que en el costurero se han puesto a
hablar las agujas?
¿No contestas?
Ya lo veo: no me necesitas.
Adiós.
Ahora sí que abres tu tenaza y te escucho decir:
Hasta mañana.

SOLO

No entiendo. Decididamente no entiendo este
silencio, cuando de unas palabras depende el
acero, el galope sin fin y el vértice de mi desnudo
grito.
No entiendo, es la verdad; sin embargo persigo
un aliento sin dueño, y desciendo del brazo
de una raíz helada, perteneciendo más que
nunca a mí mismo.

NO HAY SOLEDAD

Padecen lagunas de fiebre mis venas, sabor amargo
las conduce.
¿Que cese de cantar el pozo!
¡Basta!
Si he de extender mi piel sobre llamas ácidas;
si he de reunirme con vegetales deseosos de
silencio:
¡Basta!
Sin embargo la canción del pozo está hecha con
el caer de mis sollozos en sus aguas.
El cielo llora en mi espalda. Y se produce
una alegre canción cuando las lágrimas del
cielo se estremecen en mi espalda.

DIA SORDIDO

La compañera se ciñe al cuello sus viejas pieles
y sonríe con cortesía. Mis ojos saltan ira-
cundos.
Puedo ver como los astros se erizan y me esparcen
entre dioses recién engendrados.
Que mi semilla replique ante su porvenir de piedra.
¿Cómo subir hasta las torres, si sus coyunturas
han caído? ¿Cómo beber el júbilo si un rayo
de luz muere en lo alto?
¿Cómo contener la destrucción del día?

Las vestes entusiastas encadenan nuevos prisioneros.
Están perdidas las redes: se agilan en un mar
desconocido. (Los pescadores lloran en las
islas.)

*Es la hora en que todo se enciende y junta. Un cielo rojo me envuelve. Las nubes se distienden sobre mi cabeza.
Unidos los dedos en amargo cortejo, los ojos eternamente abiertos, crezco entre angustia e ira inútil.*

*Mi pasión es el sol y mi deseo es el aire. Ahora soy dueño de la duda y la mentira. Ahora el universo repite mi canción.
Mis manos se buscan.
Llevo en mí los balbuceos del niño que despierta a sus mundos.*

*Todo me habla.
¿Dónde estoy respondiendo?
¿Dónde está mi boca?*

*Los frutos cortan el tiempo, y yo, dormido, asisto sin turbar mis heridas. Sobre mi sombra duermo.
Estaré así tendido, hacia mí dirigido, escuchando la voz de la paloma.*

LA ARAÑA Y LA SANGRE

*Araña envuelta en penumbra, buscadora de océanos rojos, hunde tu reja; azota los números del habitante sonoro; exprime sin timidez el líquido fúnebre que exhalan los vegetales que esperan.
Ponte la casaca y anuda la hebra.*

Que los barcos de papel vayan al océano y que las piedras choquen con las aguas desafiantes.

Balancéate, sí, balancéate.

*Dame mi mano izquierda: ya tengo tu derecha junto a mis ojos.
No esperes que asome el reloj en la ventana.*

Balancéate, sí, balancéate.

Escucha como crecen bastones en el camino. Escucha reír al hombre sentado sobre su infancia.

Voy subiendo a tus alas, meciendo tu cuna al vaivén de tu propia fuerza, deteniendo tu fuerza y haciéndola huir, subiendo los cielos enclavados a tu frente.

Mi línea se renueva, araña, mi línea se renueva, y oculta el cauce de mis venas.

CAMINO INUTIL

El reloj no quiso detenerse y siguió haciendo signos afirmativos. Sin mirar en cuerpo limitado comencé a recoger botones y hojas secas; tal era la cantidad que varios botones fueron a sentarse en el camino. Las hojas permanecieron mudas en mis manos.

*

*Dirigí mis pasos a cuna próxima. Piedras de ímpetu retumbaban en mi huella, en cuyo fondo se proyectaba un semblante sin boca.
Instantáneamente el camino se pobló de olas crispadas. Un pedazo de alucinación se cogió a mis cabellos.
Y como desdentada lluvia cayeron espinas sobre mis ateridas lágrimas.*

*

*Agoniza la extensión de la tierra.
Agoniza mi extensión.
Agoniza un sonido desatado.
Agonizan mis ecos uno a uno.
Ya mi sueño amarillo se ha disuelto. No tiene objeto mi amarillo sueño. No tiene objeto.
Mis huesos buscan el ritmo de las casas vacías.*

*

Un muñeco quiere cambiar de forma y va huyendo del cartón que lo constituye.

HERMANA

*Anoche atravesé la laguna: estaba seca y el polvo se acumulaba.
Oh hermana acude. Podré mantener mi frente al aire si me ayudas. Tu cabellera cae a mí como agua.
Oh hermana toca mis sienes. Tú no ofreces dádiva: entregas simplemente un poco de tus preces cuando me dices:
«Ven a danzar. Mueve los brazos. Danza con el crepúsculo un momento. No te apresures, hermano, no preguntes. ¿No ves que en cada terrón de mundo hay alguien que danza?»
Háblame hermana, y un poco de paz me saldrá al camino.*

EL TIEMPO PASA

*Todo está hecho de mis huesos, todo.
Los latidos del centro de las cosas son un poco de mis huesos.
El océano y el cielo nacen y crecen sobre mí, y vuelven a nacer y crecer bajo mí. Y su materia es un poco de mis huesos.*

*

*Simplemente vagar, enhebrar la razón en las páginas de un minuto.
¿Huir de la abeja, abarcar tierra, crearse un mundo?*

INSTANTES

*Veo tantos puntos temblar en el espacio que llego a creer en su muerte, porque a veces me cogen ineludibles ráfagas de duda, y presiento el madero de los días.
A veces creo que me protegen mercaderes de risa.
A veces creo que soy yo quien cubre la distancia de una aguja a otra aguja. En esos instantes me veo en una lluvia de seres de espuma y sonido, entre dioses errantes y pedigüños.
A veces creo que lo necesario no es más que una ladera, y entonces veo naves en la arena y arena en los surcos.*

He estado hablando de números, de cómo las estrellas huyen de sí mismas. He estado hablando ay de tantas cosas que todas ellas se juntan a mi nombre y sólo consigo ver entre mil cosas el columpio del día aterrizando.

El mundo está subiendo la cuesta con una sola mano y no hay quien pueda torcer la viva senda.

*Si todos fuéramos la espada, si todos al acecho
nos miráramos siempre, no habría otra respuesta
que la lanza y hacia el sonido duro expandirnos.*

*Nunca las manos resueltas al aire, de la misma
manera que un rostro de granito.*

*Mis cabellos se desordenan con la incansable
solicitud de un planeta que muere cada vez que
la pupila se refleja en el agua.*

*Frecuentemente me detengo en sitios de muros
invulnerables a mis gritos, y las hojas en período
de muerte los precipitan hacia piedras penosa-
mente sobresalientes; y sólo conservo mi enemiga
contextura de ruinas.*

SOMBRA DEL CIELO

*La sombra del cielo cae sobre mi hombro y se queda
inmóvil. Inmóvil su columpio, inmóvil la
raíz de su cuerpo, revuelta su figura con mis
pupilas, el reflejo de su frente en mi frente.
Como venas sin impulso mis dedos se diluyen
en su piel repleta de abismos y cumbres.
La sombra del cielo aún permanece en mi hombro.
Me observo en silencio.
Una cúpula de asombrados rostros persigue mi
sazón.
Sin remos, mi cuerpo se revuelca en las bocas
del aire.*

ENTREGA

*Con mi alma y mi cuerpo, ¿veré?
Con el aire agitado levemente, ¿podré preguntar?
La negación acude, pero el quebrarse de un eco
me anuncia la entreabierta puerta:
¿podré avanzar?*

MEDIODIA

*El sol casi bordea mi cuerpo. Nubes pasajeras
avanzan a mis ojos.
¡Subel me dicen los pájaros.
¡Subel me dicen los árboles.
Una mosca traviesa canta para mí ¡Subel!
¡Subel! murmura mi lecho.*

*Allá va mi alma envuelta en la claridad del día;
se balancea en el espacio. Volverá cuando el
fuego se oculte.
Estoy perdido en las tinieblas de mi propio corazón.*

ALIENTO

*¡Cuánto deseo el silencio!
¡Ven a mí y cúbreme!
No quiero el grito de la muchedumbre y detesto
las palabras secretas que murmuran lentamente:
— Ahí estás tú con tí mismo, y aquí estoy yo
para decírtelo.
Soy un momento que clama el silencio y todos los
instantes de los días vacíos me indican el ruido.
Yo lo detesto, pero no lo dejo. Su abandono tras-
tornaría mi carne.
Mi deseo es el deseo de no desear.
Mi canción no tiene melodía. Mi canción es
absurda, pero intento cantarla
con todas las estrellas bajo mí,
con el cielo bajo mí,
con todas las lágrimas por venir.
Y yo arriba cantando mi canción.*

ORACION

*Algo muere cuando la boca del mundo rompe
el caudal oscuro y sin anuncio de mi canto.
Desmesuradamente, con el ramaje suelto, con la
pupila del hombre en el hombre, sólo así se abra
la boca del mundo. Sólo así se abra el senti-
miento.*

*Que la herida y la herida vena se alcen.
Que un guerrero golpee lo rojo de la sangre.
Que un guerrero sueñe, después de la batalla,
con un piélago de mustios brotes, y que, aún
dormido, remezca con el acero el sabor de la
sangre.*

*Que emerja de las ruinas el sueño y llegue desde
mí hasta mi lengua.*

BATALLA

*El cielo se extiende medroso entre las raíces de
mi sombra.
Como vehículo de sueño atravieso la muerte.
Solitarios adioses se prenden a mi piel.
Soy bandera agitada.
La luz del sol se pasea en mi muerte.
¿Acaso he vencido?*

*

*(Su acuciadora uña rasga ondas. En su perfil,
infinitas bocas hambrientas se muerden. Su
paso se une a una pupila perdida. Amorfo
cansancio coge a sus miembros. Desesperado,
se enciende con el fuego lejano de una fruta
reluciente.)*

LA BUSQUEDA

*En el patio la llave del agua deja escapar gotas.
Una terrible, estrepitosa máquina de alas volcadas
atraviesa la casa. Mis oídos no hacen sino
escuchar la noche.
Recuerdo un muro destruido; (mi antiguo traje
de terciopelo se viste solo); niñas de largas
trenzas saliendo de pozos profundos; mi her-
mano que nace a golpes de estrellas.*

*

*En la oscuridad mi infancia pudo dar su dulce
contenido. Ahora la ventana abierta a medias
me ilumina.
¿Es en la calle, en los desconocidos que pasan
(rápidamente, lentamente) dónde recuperaré
el camino perdido? ¿Es acaso en esta luz,
en la voz de mi madre o en el lejano sonido
de mis días transcurridos donde guardará
la sangre libre y, sin recuerdos, esperaré el
avance desconocido?*

AVANZANDO

*Baja de las venas un rumor azul.
Baja de los huesos una cadena de odio.
Dentro de mí se ocultan las alas que llevan a la
ciudad el incierto grito universal del que nace
al morir.
He llegado.
Respondo.
Me acerco con mi sol, único en la tierra.*

Nada diré, nada miraré.
Respondo.

¡Oh muerta campana!
¡Oh sombra!
¡Oh altura sometida!
¿Sólo construiré la fortaleza defensora de lo derramado en la tierra?
¡Oh resonancia solitaria!

Traigo mis propios astros en las sienes.
Traigo mi propio dios, oculto entre los párpados.

Mi brío se sume en la tardía luz que contiene la lucha.

Me busco entre aparecidos.
Sin titubear me reuno con lo fijo.

Nazco de nuevo y en una despedazada cuna,
me duermo.

AHORA OS VEO

Me duele surgir sin alianza.
Ahora os veo, involuntarios rostros, sólo ahora.
Comprenden mis preguntas, se asoman a mis ojos.
A vuestro lado me siento lejos del alcance de los enemigos.
Sois sombras y astros entre mis dedos.

Los rostros mecen la cinta de sus copas y se abren.
La hora se entretiene en la rueca del amigo último.
Y es látigo tempestuoso el pasado.

Mientras una pupila de duro cielo revuelve despedidas, los rostros se acercan y casi me rozan.
Y al coger el límite ardiente un olvidado mundo nace.

¡Oh, el supremo don de ver y mirar y poder comprender!
¡Oh, el supremo don de ser y estar!
Extender la mano y extenderse.
¡Oh, el supremo don de ver y mirar y poder comprender!
¡Oh, lo supremo de surgir!

LIBRE EN LA ALEGRÍA

He roto el círculo que me rodea.
La mañana ha estremecido mis ojos y me ha dicho,
me ha dicho
que salte el muro y corra hacia el límite azul de la tierra, que entre mil rompientes encontraré la nueva línea, que la siga y podré penetrar el horizonte.
¡Allá voy!
Escuchad mis pasos.

El horizonte ruge. Yo lo sostengo.
El horizonte gime. Yo soy la lágrima que abrirá sus párpados.

La alegría, la alegría es una agitación, un cuerpo suspendido en infinitas ramas acogedoras.

La copa inundada, el cuerpo extendido sobre astros sin amo, con un dolor lejano, voy a incorporarme al alba infinita.
No he necesitado guía y espero como en una antesala.

Escucho el clamor incesante de los brotes, aunque la muda frialdad del aire se torna amarilla como un recién nacido en agonía.
Inútilmente mi armadura se triza. Inútilmente la multitud humana me ofrece su lágrima.

Sí, allá voy, desnudo, libre.
Escuchad mis pasos.
El horizonte clama por mí.
En la luz hay aliento de acero.

DAVID ROSENMANN TAUB.

MITIN NECROPOLITANO

¡Escucha! Son las cuerdas de un violín las que caminan por el tórax de una lápida.
Mira los espectros cómo se revuelcan en el negro suelo de la noche.
Un viejo muerto que tiene los huesos arrugados perora de la siguiente manera:

¡Camaradas de esta gran necrópolis! Hemos decidido hacer una unánime protesta debido a que en las noches los sepultureros se olvidan de quitarnos las flores de los jardines mientras dormimos; esto, según la ciencia, es perjudicial a la salud, antihigiénico, y, por lo tanto, contrario a todas las normas de salubridad.

Una salva de aplausos sordos y condensados hizo cerrar la noche y tapar las lápidas...

JULIO TAGLE.

CHILE DEL SUR

I

Ay, mi Chile del Sur, escuadra pura,
molino y remolino a la intemperie
y corazón plural en donde caen
las húmedas basílicas del cielo.

A tu estación abierta al sur marino
llega el invierno con sus carabelas,
con la humareda de sus transatlánticos
y sus vidrieras de esmeralda fría.

Ay, mi congreso pleno, a gran concierto,
refundido, celeste y repentino,
con tus altas botellas derramándose
y tus verdes iglesias sensitivas.

Por las rompientes de tu vasta cámara
van tus reyes errantes cabalgando,
tus capitanes con el agua al cuello
y tus soldados con sus yataganes.

Ay, de tu vivo litoral de escamas
si el pez-espada pasa resoplando
en su claro vehículo corriente.
Autocarril descalzo, a pura sangre,
sin espuelas, sin alas, sin montura,
hace su curso libre por el agua.

Ay, tu coche esmeralda, Sur de Chile,
pulmón y corazón de pura línea
o caballo de escarcha redomado:
desde el Este al Oeste su manubrio,
su cometa terrestre o su cuncuna.